

## PRÓLOGO

Recuerdo las primeras líneas de *La colina inspirada*, de Maurice Barrés: “Hay lugares en donde sopla el espíritu...”. Allí donde hay reliquias, se percibe la brisa de lo sobrenatural. Cuando me vi forzado a visitar el Líbano a principios de los 80, tuve interés por visitar la basílica del Santo Prepucio que unos católicos franceses me habían comentado que existía allí. No puede encontrarla (ni tampoco los tiempos estaban como para poder investigar mucho: el tableteo de los fusiles de asalto disuadía cualquier intento), pero, de retorno, supe que en la abadía de Coulombs, a la sombra de la catedral de Chartres, corría la leyenda de que allí estuvo la reliquia y allí seguiría de no ser porque Enrique V de Inglaterra se lo llevó para la “pérfida Albión” en 1421. Al normalizar mi vida tras los años de exilio, encontré rastros del Santo Prepucio en media Europa. Incluso se dijo que la reliquia había pasado por Santiago de Compostela y por la catedral de Burgos. Tuve constancia, no de uno, sino de tres santos prepucios diferentes aparecidos en el período carolingio.

Nada realmente sorprendente, si tenemos en cuenta también la existencia de media docena de santos Griaes. De la corona que martirizó a Cristo en la cruz, se han contado entre setecientas y ochocientas espinas dispersas por todo el mundo y hasta quinientos dientes de leche del Niño Jesús han sido venerados en el ámbito de la cristiandad. También figuran en monasterios e iglesias, algunas gotas de leche de la Virgen, una de las flechas que mató a san Sebastián, los pechos de santa Águeda, varias piedras con las que fue lapidado san Esteban, primer mártir de la nueva religión. Incluso se tiene constancia de algunas monedas que recibió Judas por su traición, casi una reliquia a la inversa. Pero, sin duda, entre las reliquias más excéntricas figura un suspiro de san José conservado en el interior de una botella en el Vaticano que, según la leyenda, un ángel dejó en la iglesia de Blois. Aunque, convendrán conmigo en que el no va más, sería un estornudo del Espíritu Santo, igualmente en el interior de una botella, expuesto durante siglos en la parroquia de San Frontino (que nunca he conseguido localizar).

Con estos antecedentes, fácil lo tuvieron los Enciclopedistas, con Voltaire a la cabeza, para ironizar sobre estas muestras de fe popular. El propio Vaticano, a lo largo del siglo XX se ha preocupado de ir retirando algunas de estas reliquias, reclamarlas allí donde se expusieron y almacenarlas en los sótanos de los museos vaticanos como si se trata de aquella famosa escena final de *En busca del arca perdida*. Lo cierto es que la actual política vaticana en cuestión de reliquias es muy prudente y evita entrar en la cuestión de su autenticidad. La cosa no es nueva y Ricardo Herreras en esta obra que tengo el honor de prologar, la trata en el capítulo II de su libro; a sus líneas me remito.

Quien esto escribe se ha educado en el catolicismo romano. Alumno de los Escolapios, en un momento en que en Cataluña la mayor parte de los sacerdotes de la orden habían ingresado en el Partido Socialista Unificado de Cataluña, rama catalana del PCE. Fue una época de confusión para los católicos; en apenas un curso, en mi colegio, pasamos de cantar la misa en gregoriano a tararear la “Misa Luba” al estilo congoleño. Todo esto me hizo perder la fe. Y la fe es como la virginidad, por mucho que se intente, no hay forma de recomponerla. Lo que no implica que no reconozca los méritos y los valores del catolicismo que fueron los que dieron fuerzas a mis padres para vivir y afrontar la muerte. Por este respeto que debo a la fe que fue la de mis padres y en función de la cual se construyó mi Patria, es por lo que no ironizaba cuando enumeraba los excesos en materia de reliquias.

Yo mismo, de pequeño, llevaba una medalla del padre Damián, nacido Jozef de Veuster. Era –la recuerdo bien– una medalla de plata, en cuyo anverso se reproducía la imagen del sacerdote recién llegado al lazareto de Molokai, albergando en su reverso un pequeño fragmento de su sotana. Yo tenía fe en aquella medalla. Aquella medalla me ayudó en los

años de adolescencia. En nuestros días, los jóvenes prefieren videojuegos y redes sociales. Y así anda nuestro mundo.

\* \* \*

Hoy, la inmensa mayoría de la población vive de espaldas a las reliquias de los santos. Mencionarlas supone hacer referencia a “viejas supersticiones”. Pero, nada está tan alejado de la superstición como la fe en las reliquias. Las supersticiones son siempre negativas (un gato negro da mala suerte, pasar debajo de una escalera presagia tantas desgracias como encender tres cigarrillos con la misma cerilla; todo así...). La fe en las reliquias en cambio, sugiere actitudes positivas: ayuda para superar un examen, la curación de una enfermedad, protección ante un peligro, pedir una gracia para terceros... De hecho, la importancia de las reliquias, en realidad, no deriva de su autenticidad, sino de su función como “condensadores” y “amplificadores” de la fe. Precisamente por eso, en otro tiempo, los templos procuraban acumular el mayor surtido de reliquias: así se vería acrecentada la fe y la confianza de quien acudiera allí. Las reliquias ayudaban a vivir al pueblo que las veneraba, les permitía hablar con los santos, se confortaba recogiendo ante ellas.

Contrariamente a la superstición, las reliquias encarnaban un verdadero “pensamiento positivo”. Y su culto ha durado siglos. Nadie estaría dispuesto a considerar las reliquias como algo vivo y activo, si a lo largo de los siglos no hubieran tenido algún grado de éxito en las peticiones que les han sido formuladas. La relación entre la reliquia y el fiel es condicional: “tú me veneras, yo te ayudo”; y, desde el punto de vista del fiel: “tú me das esto, yo me sacrifico en lo otro, peregrinaré aquí o allí, rezaré tantos rosarios, haré el bien a mis semejantes”. Y la fe, si era lo suficientemente fuerte, profunda, intensa, operaba su magia. Sí, su magia. La magia no es nada más que obtener efectos en la naturaleza opuestos a las leyes físicas que gobiernan el mundo de la materia. Magia o milagros, como prefieran.

Algunos fieles optaban por realizar, primero el sacrificio y, luego, formular la petición. Consideraban que los momentos más propicios para dirigirse a las reliquias de los santos eran tras una penitencia, después de un ayuno prolongado o de la repetición incesante de jaculatorias. Antonio Gaudí, el arquitecto, lo expresó con palabras ingenuas pero precisas: “Cuando mi cuerpo se debilita, se eleva mi espíritu”. El temor de Dios iba acompañado por la posibilidad de situarse en un plano en el que Dios pudiera escuchar al fiel.

Se diría que aquellos templos saturados de reliquias generaban un “campo de fuerza” lo suficientemente intenso para facilitar el contacto con la transcendencia. Nada que ver, por tanto, con la superstición que, junto a las “mancias”, las “nuevas religiones” y el ocultismo, constituyen una parte importante de los procesos degenerativos de la modernidad y demuestran hasta qué punto la credulidad ha sustituido a la religión de nuestros ancestros y a la verdadera espiritualidad.

Oswald Spengler, en su monumental *La Decadencia de Occidente*, acuñó el término de “segunda religiosidad” para referirse a los procesos que aparecen en la fase crepuscular de las civilizaciones. Demostró que, todas las grandes civilizaciones del pasado, al declinar, generan tendencias irracionales; la pomposidad y grandeza decadente, el materialismo práctico y el ateísmo, aparecían por todas partes formas pseudo-espirituales espurias; estas irrupciones de lo paranormal y lo pseudo-religioso serían como los fuegos fatuos que acompañan la desintegración de los cadáveres y siguen manifestándose tiempo después de la muerte.

¿Cómo hemos llegado hasta donde nos encontramos? Desde la irrupción del racionalismo y, luego, de “las Luces”, cada día, a velocidad creciente estamos asistiendo a un proceso de materialización y degradación de la vida humana. Ésta es siempre la tensión entre el espíritu humano atraído por la materia casi por una ley newtoniana, o que añora su lugar

originario y su aspecto trascendente. Desde el racionalismo y la Ilustración, la disyuntiva se ha ido resolviendo en beneficio de la primera posibilidad. En un principio de forma lenta, casi imperceptible y, luego, a medida que este proceso ha avanzado, nuestra civilización ha ido recorriendo ese camino hacia una materialización creciente. En el curso de ese proceso, da la sensación de que las “puertas del cielo” se han ido cerrando cada vez más. En ese contexto las modernas supersticiones, primero marxismo y freudismo, hoy transhumanismo y libertarianismo, se van afirmando, mientras la religión tradicional declina. En consecuencia, la fe en las reliquias, también, se pierde.

\* \* \*

Estas reflexiones me habían acompañado en la lectura de las primeras páginas del libro escrito por Ricardo Herreras. Debo de confesar que, cuando me comentó su intención de componer esta obra, me sorprendió la temática elegida: una obra dedicada a la mano incorrupta de santa Teresa, en los tiempos que corren, se me antojó una audacia. Además, completar el estudio con una referencia al Generalísimo Franco, era -nadie lo duda- un desafío a la corrección política. Incluso una bofetada a muchos mitos de nuestra época. Lo cierto es que no pensé que el tema diera para mucho. Me equivoqué: este libro no es un ejercicio inútil de erudición; es, antes bien, una obra sistemática, perfectamente estructurada, irreprochable en su construcción interior y en las fuentes utilizadas. Hay en ella mucho método y reflexión. Y, además, su lectura resulta amena. Cada capítulo es un paso al frente en relación a lo que nos ha transmitido en el anterior. Es de esas obras a las que no cabe quitar ni una sola línea. Al acabar su lectura, habremos repasado lo que son las reliquias, la posición de la Iglesia Católica, conoceremos los azares de lo que el autor califica como “mano viajera” de Teresa de Jesús. Recordaremos también aquello que la “memoria histórica democrática” pretende que olvidemos, a saber, que la Segunda República no fue ninguna ganga y que este país la pagó con sangre. Aquella república nacida del odio, propagó el odio y se hundió entre odios. Hoy, quienes la jalean no pueden ocultar su condición de odiadores profesionales.

La batería de leyes y medidas contrarias a la religión católica aprobadas en sus primeros compases, fueron un desafío al sentido común, a la racionalidad, a la convivencia y al “buen gobierno”. Apenas un mes después de su proclamación ya ardían iglesias como fallas en la *nit del foc*. Aquello sólo podía terminar de una forma. El autor lo cuenta en un capítulo absolutamente objetivo e irreprochable. No es culpa del autor que no salgan favorecidos los “grandes nombres” republicanos. Las cifras que da de incendios de iglesias, de medidas anticatólicas, de asesinatos y desmanes están referenciadas en fuentes solventes y unánimemente aceptadas por la historiografía académica. Ante estas cifras no es raro que la izquierda quiera reescribir la historia incluso casi noventa años después, máxime cuando la sigla maldita del PSOE todavía colea y no sale favorecida en ningún retrato histórico riguroso.

¿Por qué hablar de la Guerra Civil en una obra dedicada a la mano incorrupta de santa Teresa? En primer lugar, para definir el contexto y en segundo lugar para situar en aquellos momentos la reliquia y poder explicar la importancia que tendrá para el Generalísimo Franco. Nos cuenta el autor como el vestigio teresiano “se perdió” durante los primeros días de la contienda, para ser encontrado en Málaga tras la entrada de las tropas nacionales. Relata las distintas versiones de cómo se recuperó y terminó siendo un símbolo del nuevo régimen. Pinta magistralmente el cuadro de aquellos momentos últimos de la guerra, cuando la paz ya se intuía en el horizonte y miles de jóvenes encuadrados en las milicias del Movimiento y en la Sección Femenina, creían en la reconstrucción de una patria libre, fuerte y entera. Fue la última vez que la juventud española creyó en algo y estuvo dispuesta a luchar por sus convicciones.

Había elementos del Nuevo Estado que remitían a los mejores momentos de nuestra historia. Teresa de Jesús fue, por cierto, una mujer brillante y dulce, pero también de armas tomar. Un “feminismo” sano y normal estaría obligado a ver en santa Teresa a una precursora. Eso fue, precisamente, lo que hizo la Sección Femenina. Era también el tipo de mujer -lo que en Cataluña se llama una *dona d’empenta*, una mujer con empuje- que encarnaba el ideal falangista. Nunca pretendió “empoderarse”: su fuerza dependía de su prestigio y de sus actos, era como el imán que no se empeña en atraer: simplemente atrae con un poder surgido de su interior. En ella, el poder derivaba de la fuente de la trascendencia con la que, como otros místicos del Siglo de Oro, había sabido conectar. El autor nos explica luego cómo llegó la santa reliquia a Franco. Y la historia está tan minuciosamente relatada que no permite dudar del catolicismo sincero y fervoroso del jefe de Estado. ¡Qué tiempos aquellos en los que un gestor político creía en principios que estaban por encima suyo! Franco quiso siempre cerca la mano de santa Teresa. La reliquia siempre estuvo con él, en su dormitorio, y si se desplazaba, la reliquia iba con él. No era un capricho, ni mucho menos una superstición: era un intento de conectar su gobierno con el mejor período de la historia de España. Con el mundo de la trascendencia. El autor nos lo explica en otro capítulo. Y así, los denostados “cuarenta años de franquismo” adquieren otra fisonomía.

Más allá del desarrollismo, de la recuperación del atraso secular de nuestro país y del tiempo perdido en los últimos 200 años de historia trágica de España, más allá de modernizar las estructuras, pacificar la sociedad, darle pan y trabajo, lo que el franquismo significó en la historia de España fue un intento de reencontrar nuestras raíces históricas y asentar el progreso sobre una base más sólida que el simple bienestar material. Si para realizar esta obra se sacrificaron “libertades” fue, precisamente por la envergadura de la tarea.

Quizás en la Transición no lo podíamos entender, pero ahora, cuando tenemos “libertades” que apenas utilizamos o que solamente son el acompañamiento emotivo de un régimen de mala calidad, cuando han pasado jefes de gobierno a cuál más irrelevante, verdaderos enanos históricos, quizás estemos en mejor situación para entender lo que fue y lo que pretendió “el régimen anterior”. El retrato que esboza el autor de la personalidad de Franco figura entre lo mejor de esta obra. Inevitable recordar la envergadura de aquel hombre que tuvo a la reliquia como su bien más preciado, en comparación con la clase política actual que no busca otra cosa que una cuenta cifrada en el banco de Nassau o en cualquier otro paraíso fiscal.

Además de este proceso de “regeneración nacional”, el régimen anterior nació para defender la Iglesia Católica y la fe tradicional de los españoles. Su ocaso vino marcado, precisamente, por el giro de esa Iglesia y por la pérdida de fe de todo un pueblo. Los últimos momentos de Franco con la mano incorrupta, con las oraciones de los fieles para su salvación, no pudieron impedir que se impusieran las leyes de la naturaleza. Era el 20 de noviembre de 1975. Apenas 20 días después, Doña Carmen Polo entregó al cardenal primado la reliquia de santa Teresa.

Tal es el recorrido que el lector va a seguir en estas páginas. Un libro sólo se justifica si, además de satisfacer nuestra curiosidad cultural y entretenernos, nos forma, aumenta nuestro bagaje intelectual, nos muestra entresijos de la historia que ni siquiera habríamos sospechado. Esta obra cumple todas estas expectativas. E invita a la reflexión. Me permitirán que antes de dar paso al autor, concluya con la que modestamente realicé al acabar su lectura.

\* \* \*

El gran problema de nuestra época es que vivimos de espaldas a la espiritualidad. Ni siquiera está claro para la mayoría lo que es y representa “lo espiritual”. Es un rasgo

propio de los fines de ciclo. Vivimos tiempos absurdos, con memorias históricas democráticas, con trasiego de cadáveres y profanación de tumbas. Son tiempos sin raíces. Tiempos unidimensionales en los que cualquier cosa que no asimilan los sentidos, se niega o se ignora. Las peores supersticiones se han convertido en convicciones, obligatorias en grado imperativo. Vivimos una época a la que cabría colgar el cartel de “Rebajas por fin de temporada” o, como decía Julius Evola, una época que vive de todo aquello que las generaciones anteriores han rechazado conscientes de su inutilidad.

Ni siquiera los más intuitivos pueden describir cómo será el mañana, acaso porque ese mañana parece inviable. El nihilismo lo invade todo y se ha instalado generando el caos: ese caos está entre nosotros, nos rodea, lo invade todo, facilita el borrado de cualquier signo de identidad. Tal es nuestro tiempo. En las cortes medievales el bufón era el polo opuesto al Rey, estaba presente como su reflejo especular. Exaltar al bufón equivalía a denigrar al Rey. Hoy, la figura del “gobernante elegido democráticamente” es el nuevo bufón, una burla, una irrisión del verdadero Poder. El drama es que, como en la epopeya de Tolkien, como en las viejas leyendas medievales, “el Rey está perdido”.

Sin embargo, todas las tradiciones legendarias anuncian que el Rey perdido, volverá. Y yo creo, sinceramente, que volverá. Pero el drama de nuestro tiempo es que nos ha tocado vivir en una época en la que el viejo mundo no termina de morir y el nuevo aún no da señales de anticiparse en el horizonte. Que nadie dude que habrá un mañana, de la misma forma que hubo un ayer. Unos le llamarán Parusía, otros Raknarok, otros “retorno de los Heráclidas”; el tema de fondo es el mismo: la esperanza en el “retorno de un Rey” que haga florecer la tierra yerma y forje una nueva raza de hombres que dejen atrás la desesperación nihilista, sus coberturas y sus camuflajes.

Si leemos con atención este libro, veremos que el autor nos habla de un mundo que está en trance de desaparecer: nos ayuda a comprender mejor aquel tiempo en el que había gobernantes que creían en su Patria, en la Tradición y en la Providencia. De un pueblo que tenía fe, raíces y valores. Franco era consciente de que más allá del mundo de los sentidos, existía el mundo del espíritu y que, en la tarea de gobierno, también había que tenerlo en cuenta.

En ese contexto, la reliquia de santa Teresa es el símbolo de una forma de gobierno. Creemos que el mensaje final de este libro es una contribución a la revisión de nuestra historia y de los “cuarenta años de franquismo”. A ninguno de los lectores se le oculta que ante cualquiera de los políticos que han dirigido nuestro país con posterioridad al 20 de noviembre de 1975, la figura de Franco sale engrandecida y favorecida. Se intuye en él una dimensión espiritual en su personalidad poco estudiada por los historiadores y para la que este libro aporta algunas luces. Lo dice alguien que jamás se consideró franquista. ¿Quién me iba a decir que empezaría la lectura de esta obra pensando que iba a tratar sobre algo parecido a la historia del santo Prepucio y me he encontrado con un trabajo que desvela la envergadura política y espiritual de aquel hombre que quiso situar su gobierno bajo el Reino del Espíritu representado por la mano izquierda milagrosa de aquella prodigiosa mujer muerta en olor de santidad en nuestro Siglo de Oro?

Ernesto Milá, Sant Pol de Mar, junio de 2023

## INTRODUCCIÓN

“Tener coraje para lo que venga en la vida, todo está en eso”  
Santa Teresa de Jesús.

Alojada dentro de un relicario antropomorfo del siglo XVII realizado en plata dorada con incrustaciones de piedras preciosas talladas en los dedos, la muñeca y el basamento (donde aparece el fragmento de un escrito suyo con su firma ológrafa), la mano incorrupta de santa Teresa se halla en la actualidad custodiada por las monjas carmelitas del convento del Corazón Eucarístico de Jesús cercano a la iglesia de la Merced, sita en la malagueña ciudad de Ronda, exhibiéndose diariamente a la hora de la misa en una hornacina, a los pies de la Virgen (el resto del día, se encuentra en una pequeña capilla, cerca del torno, donde las hermanas venden sus dulces), y dándose a besar a los feligreses cada 15 de mes, al terminar la eucaristía.

Como todo lo que ha pertenecido o ha estado vinculado a una persona relevante o venerable en vida –pues aquello “que estuvo en relación con [él] pudo de alguna manera absolverlo y, posteriormente irradiarlo; en cierto modo, puede llegar a ser sagrado y portador del poder”, máxime si, tratándose de un vestigio corporal, ha “sido protegido por voluntad divina de la putrefacción natural”–, a dicha reliquia se la ha considerado desde siempre prodigiosa (luces, voces, sanación, fertilidad), al punto que todavía hoy continúan dispensándose gracias especiales (que no milagros propiamente dichos, conviene aclararlo) por su mediación. Al respecto, sor María de la Paz, la madre priora del convento rondeño allá por el año 2010, contaba lo siguiente:

Tuvimos el caso, un día, de un matrimonio de Granada. La esposa que estaba embarazada sufría unas hemorragias y los médicos le diagnosticaron la pérdida del niño [...] Dio la casualidad que por la tele salió un reportaje de la Mano de la Santa y la esposa se encomendó con fervor a ella. Meses más tarde, el matrimonio venía por el convento con el niño en sus brazos. Era el crío más bonito que he visto en mi vida [...] Otro caso que nos llamó poderosamente la atención, fue el de una niña de poco más de un año afectada por leucemia. Los médicos temían por su vida y sus padres, que son muy creyentes, vinieron al convento para que rezáramos a la Mano de Santa Teresa por ella. La niña se ha salvado [A mi sobrina Elisa] Los médicos le habían dicho que sus órganos genitales no se habían desarrollado y habían diagnosticado su infertilidad. Ella es muy creyente y nos encomendamos a la Mano de la Santa. Ahora tiene tres hijos y la pequeña se llama Teresita, como nuestra patrona.

Su fama principal, sin embargo, se gestó en nuestra última guerra civil, cuando

...los rojos se apoderaron de ella y la llevaron a Málaga, allí la encontraron los nacionales al tomar aquella Plaza, en una maleta de uno á quien llamaban, El cabecilla de Villalva, y al ver el letrado, Sta Teresa de Jesús, se la llevaron a nuestro dignísimo Caudillo, Exmo. Sr. Dn Francisco Franco, el que desde entonces la tiene en su poder sin querer soltarla, pues es todo su consuelo y á ella se encomienda con grande fé y devoción en todos sus asuntos y negocios.

En efecto, será más a su vínculo con Franco –“quien, en un gesto arquetípico de condotiero, se apropió de la reliquia” en febrero de 1937, manteniéndola bajo su custodia hasta su fallecimiento en 1975, cuando asumió “por Gracia de Dios y verdadera voluntad de España los máximos poderes”– y no tanto a su condición prodigiosa lo que hará popular a la reliquia teresiana, cuestión medular sobre la que versa el presente ensayo, concebido hará unos tres años, cuando se me ofreció aquí, en mi León natal, la posibilidad de participar en una obra colectiva cara al 440 aniversario de la muerte de Santa Teresa de Jesús a celebrar en 2022.

Nuestros lectores han de saber que en la comarca leonesa de La Cepeda (ubicada geográficamente entre las de La Maragatería, El Bierzo, Omaña y Ribera del Órbigo, la cual comprende los municipios de Quintana del Castillo, Magaz de Cepeda, Villagatón, Villamejil y Villaobispo de Otero) existe una tradición oral muy arraigada que la vincula con la santa en cuestión, abogando sus más acérrimos defensores porque Teresa Sánchez de Cepeda Dávila y Ahumada (su nombre secular, aunque habitualmente usó el de Teresa de Ahumada hasta la reforma carmelita, cambiándolo entonces por Teresa de Jesús) habría nacido (como hija de Alonso Sánchez de Cepeda e Inés de Cepeda) y pasado su infancia en la localidad de Quintana del Castillo (de donde serían originarios los Cepeda, vasallos en el siglo XIV del Rey Alfonso XI de Castilla, llamado “el Justiciero”, quien a modo de reconocimiento les otorgó el condado de Cepeda, un pequeño señorío cuyo núcleo central era un castillo ahora en ruinas, a unos 300 metros de la citada localidad, entre cuyos miembros destacan “Vasco Vázquez de Cepeda, que en 1348 acudió con sus vasallos a la toma de Gibraltar, u otro anterior, Luis de Cepeda, fundador del señorío, que participó con sus vasallos en el cerco a Baeza en 1227”), justo hasta que a la edad de 16 años se fuera a estudiar al convento de Nuestra Señora de Gracia, en Ávila.

Sin entrar o salir acerca de la veracidad o falsedad de dicha tradición, me pareció oportuno participar en dicha obra colectiva con un pequeño artículo acerca de ese vínculo establecido entre el vestigio teresiano y Francisco Franco –quien, de acuerdo con algunos de sus más importantes biógrafos, “creía con devoción en la eficacia de las reliquias”– a lo largo de 38 largos años en los que “la cuidó muy bien y muy piadosamente”, convirtiéndola en su “compañera invisible, primero en la guerra y después en la gestión del poder”; un vínculo apuntado en todas sus semblanzas si bien no siempre de manera rigurosa, hay que decirlo. Como muestra, un botón (en el que no faltan inexactitudes, pues aunque popularmente se la conozca así, no se trata del “brazo incorrupto”, sino de la “mano incorrupta”):

En esta época, la prensa nacional empezó a hacer circular una historia que vinculaba el destino de Franco con la intercesión de los santos. Supuestamente, en el caos de la derrota, el comandante militar de Málaga, el coronel José Villalba Rubio, se olvidó varias pertenencias en su huida. Entre éstas, en una maleta que dejó en su hotel se encontró la Santa Reliquia del brazo incorrupto de Santa Teresa de Ávila, que había sido robado del convento de las Carmelitas de Ronda. De hecho, la reliquia se encontró bajo custodia de la policía. Fue enviada a Franco, quien la conservó consigo durante el resto de su vida. La recuperación de la reliquia fue la excusa para la exaltación de Santa Teresa como ‘la Santa de la Raza’, tanto al servicio de Franco como de la Iglesia. Los propagandistas promovieron la asociación de la Santa con el Caudillo en una exaltación en su análogo papel providencial. El propio Franco parecía creer estar bajo la protección de Santa Teresa. El Cardenal Gomá informó de la reticencia de Franco a querer separarse del brazo (¡!), como prueba de su intensa fe católica y de su convencimiento de que dirigía una cruzada religiosa. El Obispo de Málaga concedió permiso para que la reliquia permaneciera en poder de Franco y éste nunca la abandonaría en ninguno de los viajes que le obligaban a pernoctar fuera de casa.

Un vínculo nunca desarrollado sobre el que, sin embargo, se han apuntado historias fabulosas cuando no risibles, pero que ciertamente existió y por algún motivo o motivos, desde luego personales (“Parece claro que Franco debía otorgar alguna clase de protección sobrenatural a este objeto”), pero en última instancia imbricados con la “cuestión religiosa” (desglosada en los fenómenos y/o procesos de anticlericalismo, persecución, recatolización nacional y *aggiornamento*) en España entre 1931-1979.

Así las cosas, ya desvinculado del proyecto inicial por razones que no vienen al caso y tras vencer no pocas dudas (relacionadas, como los lectores enseguida adivinarán, con la temática en cuestión, poco acorde con estos tiempos canceladores que corren, donde la Historia se deconstruye y la memoria se prostituye bajo una “libertad de expresión” que se permite siempre y cuando no contravenga los consensos establecidos por el poder: de lo contrario, las consecuencias son el señalamiento mediático y el ostracismo civil) creí oportuno desarrollar tan singular episodio (ocurrido no en el Medioevo sino en la segunda mitad de la pasada centuria) en toda su extensión y complejidad (lo que sobrepasaba los límites de un pequeño y somero artículo, como era la pretensión inicial), separando hasta donde me fuera factible el grano de la paja, la verdad del bulo, la realidad del mito.

En primer lugar, abordando una serie de cuestiones generales relacionadas con las reliquias, en especial en lo que al cristianismo se refiere; en segundo lugar, trazando un seguimiento desde que la mano en cuestión (tan viajera como lo fuera la propia santa Teresa) es amputada de los restos de nuestra mejor escritora mística hasta que regresa a España después de su “exilio” portugués; en tercer lugar, contextualizando el enfrentamiento Iglesia-Estado durante el período segundorrepúblicano amén de la tragedia vivida por el catolicismo patrio durante la Guerra Civil (esta última del todo punto incomprensible sin aquel convulso período de poco más de cinco años entre abril de 1931 y julio de 1936); en cuarto lugar, narrando la manera un tanto confusa en que, ya en plena contienda, la reliquia es incautada por milicianos afines al Frente Popular para luego ser recuperada por el bando sublevado (autodenominado “nacional”, término considerado excluyente por algunos cronistas, ya que también los integrantes del bando contrario eran españoles, y acertado por otros, “porque un vínculo definitorio entre ellos fue la consideración de España como una nación, idea menos firme y unánime en sus adversarios”) y caer en poder de Franco; en quinto lugar, examinando la importancia simbólica que la figura de la autora de *Las moradas* o el *Libro de la vida* tuvo en la génesis y desarrollo del Nuevo Estado surgido como consecuencia de la sublevación de julio de 1936, caracterizado por su rechazo a la modernidad en términos culturales y políticos amén de por su defensa de la consustancialidad de la nación española con la religión católica; en sexto lugar, contando los entresijos de la “pugna epistolar” que se dio entre las monjas rondeñas y el propio Caudillo por mor de su custodia desde prácticamente el mismo mes de febrero de 1937, cuando se recuperó la reliquia teresiana; en séptimo lugar, resumiendo el día a día del “sagrado despojo” junto al Generalísimo a lo largo de su jefatura al frente del país hasta su muerte; en octavo lugar, refiriendo el regreso definitivo de la reliquia a Ronda tras el fallecimiento de Franco; y, finalmente, en noveno lugar, intentando extraer algunas conclusiones (sazonadas de otras tantas consideraciones personales) acerca de este episodio, el cual unió de algún modo a dos figuras señeras de distintas épocas de nuestra Historia como son Teresa de Jesús (la religiosa con más carácter y carisma de su época) y Francisco Franco (el último paladín del catolicismo hispano, el político y militar más importante del siglo XX español por el período de tiempo ocupado en él y uno de los más relevantes a nivel europeo en dicha centuria).

Para ello he precisado de la consulta de diversas fuentes primarias, especialmente de hemeroteca, tarea facilitada porque esos impagables “testigos inmediatos del pretérito” (periódicos, revistas, etc., que en aquella convulsa época vivían un momento de especial efervescencia) están hoy ya en su mayoría digitalizados, permitiéndonos averiguar cuánto han mentido después los “hunos” y los “hotros” (en expresión de Miguel de Unamuno para referirse a los dos bandos que habrían de enfrentarse en 1936-1939). A lo que hay que sumar el empleo de una amplia y variada bibliografía. Amén de la realización de un barrido en internet (artículos en noticieros, *blogs* y demás) para cerciorarme de todo lo

que de este tema se hubiese escrito en la red, procediendo luego a hacer el correspondiente escrutinio.

No quisiera ser más prolijo a la hora de introducir éste mi segundo libro. Comience, pues, el mismo.